

muy graves motivos. El gobierno francés había colocado en Córcega á un antiguo amigo de Georges, al general Brulart, á quien se había dado un grado y un mando superiores á su posición, evidentemente para hacer de él un vigilante de la isla de Elba. Esta vigilancia era seguramente lo más legítimo que puede darse por parte del gobierno francés; pero Napoleón había recibido avisos que le habían hecho temer que aquella vigilancia no era lo único que se proponían practicar, sino que se meditaba un atentado contra su persona. De todos modos, si esto era así, no se ha podido probar, ni en los documentos encontrados después se ha hallado el menor indicio acusador contra el general Brulart; aunque es cierto que algunos intrigantes que formaban parte de lo que se llamaba la policía de palacio se vanagloriaban de poder hacer asesinar á Napoleón y aun de poder asesinarle por sí mismos; y lo es también que algunos sicarios, de origen corso, fueron presos, siendo un poco sospechosos los motivos de su presencia en la isla de Elba. Napoleón los echó de la isla, declarándoles que en lo sucesivo el primero de entre ellos que volviese sería fusilado; y añadió que, á la primera queja fundada, mandaría á Ajaccio cincuenta hombres determinados para que se apoderasen del general Brulart y haría con él, á la faz de la Europa, una justicia ruidosa. Debemos añadir que ya fuese por temor ó por pureza de intenciones, el general Brulart permaneció tranquilo y no se separó de los límites de una estricta y legítima vigilancia.

En vista de lo expuesto, Napoleón tomó sus medidas, ya para evitar un asesinato, ó ya para destruir todo proyecto de rapto; y siendo necesario, para vencerle, una numerosa expedición, estaba seguro de que nunca podrían cogerle desprevenido.

En la organización de sus fuerzas mostró tanto arte en dirigir y ocupar un millar de hombres, como en otro tiempo al disponer de un millón. Antes de salir de Fontainebleau, Drouot tuvo cuidado de escogerle entre los soldados de la guardia veterana, todos dispuestos á seguirle, cerca de seiscientos granaderos y cazadores de infantería, un centenar de jinetes y unos veinte marineros, formando entre todos setecientos veinticuatro hombres distinguidos. Yendo á pie desde Fontainebleau hasta Savone, se embarcaron en navíos ingleses, y llegaron á Porto-Ferrajo hacia fines de mayo. Napoleón, que había temido por un instante que se hubiese tratado de detenerlos, los vió llegar con una alegría en la que había tanta previsión como placer de volver á hallar á unos antiguos compañeros de armas. Acuarteló á los hombres como mejor pudo, y envió los caballos á los pastos de Pianosa. No pudiendo hacer en su isla gran uso de los jinetes, los convirtió en artilleros, empleando en instruirlos los ocios de su destierro. Encontrándose en Parma unos sesenta polacos, y habiendo obtenido licencia para embarcarse en Liorna, Napoleón pagó su pasaje, y reforzó con aquellos hombres adictos las fuerzas de su pequeño ejército. Algunos oficiales franceses, que se morían de hambre, fueron también á reunirse con él, atravesando la Italia, y viajando como mejor podían. El emperador los acogió igualmente, elevándose de este modo sus fuerzas á unos ochocientos hombres sobre poco más ó menos, sin contar los muertos y los enfermos, segregados del número primitivo.

Napoleón halló el medio de aumentar á estos ocho-

cientos hombres un refuerzo de soldados fuertes é intrépidos. Durante su reinado, la custodia de las islas había sido confiada á batallones de infantería ligera, á los que se destinaban los quintos propensos á la desertión, la mayor parte indóciles, pero vigorosos y valientes. Dos de éstos batallones pertenecían al 35 de ligeros, y formados de provenzales, ligurienses, toscanos y corsos, se hallaban de guarnición en la isla de Elba en 1814. En el momento en que iban á embarcarse para Francia, Napoleón les manifestó que conservaría á su lado á los que quisiesen entrar á su servicio, y de este modo aumentó sus fuerzas con unos trescientos hombres más, corsos en su mayor parte, los que, con excepción de algunos desertores, poco numerosos, le guardaron entera fidelidad. Por consiguiente, pudo disponer de mil y cien hombres de tropas regulares, y todos de primera calidad. A ellos, sin embargo, reunió cuatrocientos naturales del país, organizados de la manera siguiente:

La isla de Elba poseía un batallón de milicia compuesto de cuatro compañías, muy bien disciplinado y con soldados tan excelentes como los corsos. Napoleón ordenó que cada una de las cuatro compañías del citado batallón tuviese todos los meses veinticinco hombres en activo servicio, pudiendo los setenta y cinco restantes ocuparse en las labores del campo, lo que equivalía á tener cien hombres de servicio y trescientos disponibles en la primera necesidad; además, no se daba sueldo más que á los cien hombres activos, y éstos se hallaban encargados de la policía interior de la isla y de sus costas. El nuevo ejército de Napoleón constaba, pues, de mil quinientos soldados, todos tan buenos casi como la antigua guardia por estar mezclados con ella.

No eran, no, estas ocupaciones las de un maniático que se divertía con frivolidades que le recordaban su antiguo esplendor: para él, como hemos dicho, eran un medio de librarse contra una violencia ó contra una deportación lejana, las que no podían sorprenderle si lograba poder defenderse algunos días; eran, en fin, si un nuevo porvenir se abría á su vista, el medio de llegar al continente y de tratar de representar en él un nuevo papel, sin exponerse á ser detenido por algunos gendarmes y fusilado en un camino real.

Con estos mismos fines, Napoleón procuró crearse una marina. En Porto Ferrato encontró un bergantín, el *Inconstante*, en muy buen estado, que necesitaba sesenta hombres de tripulación, y una goleta, la *Carolina*, que no exigía más que diez y seis. Además compró en Liorna una falúa, la *Etoile*, para la que necesitaba catorce hombres, y dos avisos, la *Muche* y la *Abeille*, teniendo bastante con nueve para cada uno. Estas embarcaciones exigían, pues, un centenar de hombres, y con una ó dos falúas que podía proporcionarse fácilmente, Napoleón tenía los medios de embarcar á los mil y cien hombres que componían su pequeño ejército regular. Era, pues, todo lo que necesitaba, si alguna vez se decidía á abandonar la isla, decisión muy dudosa para él, pero posible. Estos ciento y algunos más marinos habían sido comprendidos en sus gastos indispensables, y añadiendo á ellos un corto número de marineros por medio de una leva en el país, podía en veinticuatro horas completar el equipo de su flotilla. Mientras tanto, por medio de sus dos avisos estaba en comunicación con los puertos de Génova, de Liorna y de Nápoles, y

recibía de ellos provisiones, cartas y periódicos; con su goleta la *Carolina* vigilaba la rada de Porto Ferrajo, y de cuando en cuando paseaba en su bergantín el *Inconstante* la bandera de su pequeño Estado, bandera blanca con listas de amaranto y sembrada de estrellas, acostumbrando de este modo á las marinas inglesa, francesa, genovesa y turca á ver sus colores en el mar de Toscana.

Tomadas estas medidas para su seguridad y para su porvenir, cualquiera que fuese, Napoleón se ocupó de embellecer su residencia, en hacerla soportable, tanto para él y su familia como para sus soldados; en fomentar la prosperidad de su pequeño pueblo; en arreglar, por último, su hacienda, á fin de asegurar la duración de aquel orden de cosas. A su llegada se alojó desde luego en la casa municipal de Porto Ferrajo; después se trasladó á un palacio de los antiguos gobernadores, muy deteriorado é insuficiente. Resolvió añadir otro cuerpo al edificio para regularizarle y ensancharle, con el propósito de poder recibir en él, como era debido, á su madre, á sus hermanas y aun á su misma esposa, si, contra toda la verosimilitud, se decidía á reunirse con él. Compró muebles en Génova, y concluyó por hacer habitable el palacio. Mandó construir un edificio para los oficiales de su batallón, con el fin de que estuviesen reunidos á sus inmediatas órdenes y mejor alojados que en la ciudad; y queriendo tener además de su palacio en Porto-Ferrajo una casa de campo, emprendió la construcción de una á un tiempo sencilla y decorosa en el valle de San Martino, paraje delicioso que concluía en la rada de Porto Ferrajo y desde el que se veían las montañas de Italia. Allí mandó practicar desmontes y plantaciones, é hizo reír al alcalde, hombre sencillo y poco acostumbrado á adular, cuando le manifestó que no tardaría en sembrar en aquel terreno quinientos costales de trigo. «Os reís, señor alcalde, le dijo vivamente, porque no sabéis cómo las cosas se desarrollan y se aumentan. El primer año sembraré cincuenta costales, ciento el segundo, doscientos el tercero y así sucesivamente.» Para llevar á cabo esta empresa agrícola, como para completar su gran imperio, ¡ay! no debía faltarle más que tiempo. Después de haber preparado su doble residencia, en la ciudad y en el campo, se ocupó de su capital, Porto Ferrajo, que constaba de tres mil habitantes. Mandó limpiar y empedrar sus calles, hizo construir una bonita fuente de la que brotaba agua cristalina; dispuso que se arreglaran, para que pudieran andar carros por ellos, dos caminos que atravesaban la isla, y que, partiendo de Porto-Ferrajo, iban el uno á Porto-Longone, puerto principal para las relaciones con Italia, y el otro á Campo, pequeño puerto cercano de la isla Pianosa, enfrente de alta mar.

Su hacienda no le permitía aplicar más que seiscientos á setecientos mil francos á estos diversos trabajos (suma cuya importancia no es necesario señalar, tratándose de los gastos que hacía Napoleón en aquella época), y logró no excederse de esta cantidad, empleando los brazos de sus soldados, á los que abonaba un módico salario, y comprando la piedra, el mármol, los ladrillos, los cimientos y la madera. Montando á caballo una parte del día, recorría las obras y dirigía á estos objetos, sumamente pequeños, sus poderosas miradas, fijas no hacía mucho en el mundo, y siempre tan exactas al

juzgar las cosas pequeñas como lo eran al juzgar las más grandes. Puso también el mayor cuidado en hacer cuanto era posible para mejorar el terreno y aumentar la prosperidad del comercio en su isla. Quería cubrirle de morales, para desarrollar la industria de la seda, y comenzó á realizar sus deseos haciendo plantar estos preciosos árboles en los dos caminos que había mandado abrir. Cerca de Campo había algunas canteras que producían hermoso mármol, y ordenó su explotación. Las salinas y la pesca de atún constituían las más grandes rentas del país, y se ocupó en mejorar su explotación y aumentar su producto. Por último, consagró toda su atención á las minas de hierro, que representaban la principal riqueza de la isla de Elba. Estas minas producían, desde hacía mucho tiempo, un mineral de excelente calidad, con más de un ochenta por ciento de metal puro; pero no le podían convertir en hierro por falta de combustible, y sus propietarios se veían obligados á venderlo á los negociantes italianos, que se encargaban de fundirlo. Napoleón se apresuró á organizar la extracción de este mineral en grande escala, y con este fin, procuró adquirir operarios, alimentándolos con trigos comprados en el continente italiano. Pero lo exiguo de su hacienda era para todas estas empresas un invencible obstáculo. A dar crédito á los habitantes de su isla, á sus soldados, al público europeo, y sobre todo á los Borbones, había llevado consigo inmensos tesoros, porque con excepción de su persona física, no era posible figurarse nada pequeño tratándose de él. Pensando en estos tesoros, sus enemigos temblaban, y sus crédulos súbditos se estremecían de júbilo. Pero semejantes tesoros no eran más que una ilusión, porque aquel hombre, el más ambicioso de los hombres, era de todos el que menos se ocupaba de sus intereses personales. Hasta el supremo día de su abdicación había vivido sin preguntarse cómo vivría cuando estuviese lejos de su trono. Habiendo podido economizar de su pensión ciento cincuenta millones, que había empleado no en su provecho, sino para satisfacer las necesidades de la guerra, contó por la primera vez de su vida en el momento de salir de Fontainebleau, y vió que no poseía más que algunos millones transportados á Blois, de los cuales la mayor parte había sido arrebatada á la emperatriz por el enviado del gobierno provisional Mr. Dudón. Afortunadamente había tenido tiempo, antes de que esto sucediera, para enviar á buscar dos millones quinientos mil francos, custodiados por los lanceros de la guardia, y para ordenar á la emperatriz que se apoderase por sí misma de dos millones novecientos mil. De estos dos millones novecientos mil francos, la emperatriz pudo enviarle novecientos mil, y con esta suma se elevó su tesoro al partir para la isla de Elba á tres millones cuatrocientos mil francos, suma que, consistente en oro y plata, llegó con él hasta Porto-Ferrajo. Estos eran, pues, los únicos recursos con que contaba para vivir en la isla de Elba con sus soldados, si se resignaba á concluir en ella sus días. El subsidio anual de dos millones, estipulado en el tratado del 11 de abril, no lo había percibido, y no le quedaban más rentas que las que producía la isla, que á decir verdad, eran muy poca cosa. La ciudad de Porto Ferrajo producía con los derechos de entrada y los demás derechos cerca de cien mil francos y la isla otros cien mil con las contribuciones directas. La pesca, las

salinas, las minas en el estado en que se hallaban, producían trescientos veinte mil sobre poco más ó menos, lo que constituía un total de quinientos veinte mil francos. Los gastos municipales de Porto-Ferraio y de los otros pueblecillos de la isla, y los de los caminos, en el estado en que Napoleón los había puesto, absorbían lo menos doscientos mil francos, quedando por lo tanto, de los quinientos veinte mil, un producto neto de trescientos mil francos al año. Ahora bien, Napoleón necesitaba sostener su casa y costear su marina y su ejército, gastos que exigirían una cantidad anual de un millón quinientos mil á un millón seiscientos mil francos. Necesitaba por consiguiente tomar todos los años una suma de un millón doscientos mil francos de su tesoro, ya reducido de tres millones cuatrocientos mil francos á dos millones ochocientos mil á causa de la compra de las embarcaciones.

No podía, pues, vivir mucho tiempo en la isla de Elba, si no le abonaban el subsidio estipulado, á no ser licenciando á su guardia, ó lo que es lo mismo, privándose de los fieles soldados que le habían seguido, entregándose indefenso á la primera compañía de bandidos que quisiera asesinarle, y renunciando por último á un núcleo de ejército sin el cual no podía pasar, cualquiera que fuese la empresa que más tarde se propusiera llevar á cabo. En vista de todo esto, sin haber formado todavía ninguna clase de proyecto, se esmeraba en disminuir en todo lo posible sus gastos de un modo capaz de asombrar á los que estaban acostumbrados á su sistema de orden, y aun de hacerle calificar de avaro á los que le rodeaban. Al terminarse el sexto mes de su estancia en Porto-Ferraio, cesó de exigir servicio á los milicianos de la isla, los que, como hemos dicho, gozaban de una cuarta parte de su efectivo al hallarse sobre las armas. Con esta medida se ahorra el haber de cien hombres. Cambió la formación de su batallón de guardia veterana, reduciendo el cuadro de seis compañías á cuatro. Asimismo redujo los gastos de sus caballerizas á los más estrictamente necesarios; no conservó más que los carrajes indispensables para su madre, para su hermana y para él, y no guardó más caballos de montar que los que necesitaba para recorrer la isla en compañía de Drouot, de Bertrand y algunos hombres más de escolta. Por último, fijó en un tipo muy modesto, pero decoroso, el sueldo de sus principales oficiales, sin poder hacer, á pesar de esto, que Drouot aceptase nada. «Contando con el techo y con la mesa de su antiguo general, decía este último, no necesitaba nada más para vivir.»

Tales fueron las disposiciones que para el presente y el porvenir tomó Napoleón en la isla de Elba. Su vida, por lo demás, era tranquila y ocupada, porque es propio de las almas superiores el saber someterse á los rigores de la fortuna, sobre todo cuando son merecidos, é interesarse en las cosas pequeñas, porque, como las grandes, son dignas de atención. Su madre, dura é imperiosa, pero exacta en el cumplimiento de sus deberes, creyó que estaba en su dignidad participar del nuevo destino de su hijo, y era en Porto-Ferraio objeto de los respetos de la corte desterrada. La princesa Paulina Borghese en quien era una pasión el cariño que sentía hacia su hermano, no dejó de reunirse á él, y su presencia ofrecía un dulcísimo consuelo á Napoleón. Procuró reconciliarle con Murat, y lo logró sin dificultad,

porque Napoleón, que conocía á los hombres, era poco rencoroso. Sabía que Murat era ligero, vanidoso, que estaba devorado por el deseo de reinar; pero, siendo tan bueno como valiente, le había perdonado el que hubiesen cedido á circunstancias que habían sido tan extraordinarias. Arrepentido Murat, sobre todo después de comprender que había en su conducta tanta maldad como ingratitude, envió á la isla de Elba la expresión de su arrepentimiento, y en cambio encargó Napoleón á la princesa Paulina que fuera á Nápoles á llevar á Murat, con su perdón, el consejo de ser prudente y de estar preparado para los acontecimientos imprevistos que pudieran suceder. La princesa llevó á Murat este mensaje con el mayor contento, y volvió en seguida á hacer compañía á su hermano. La princesa era el núcleo de una pequeña sociedad, formada por los habitantes mejor educados de la isla, quienes vivían alrededor de Napoleón, considerándole como á su soberano. Se construyó un teatro, en el que Napoleón recibía á esta sociedad, y con mucha frecuencia á los soldados de su guardia, mostrándose amable, cumplido, sereno y hasta atento como si en otro tiempo no hubiese asistido á la representación de las obras maestras de la escena francesa, interpretadas por los primeros actores del siglo. Después de cumplir los deberes de su modesta soberanía, pasaba algunas horas con Bertrand y Drouot, recorriendo la isla, para inspeccionar los trabajos á caballo, á pie ó en canoa.

Algunas veces se embarcaba con sus oficiales en una gran chalupa medio cubierta y se dirigía á dar paseos marítimos de uno y dos días, siendo reconocido y saludado por todas las marinas. En estos largos paseos por mar y tierra, hablaba alegre ó gravemente, según el asunto de las conversaciones, unas veces con la vivacidad de un joven, las más con la gravedad de un genio vasto y profundo. Abrigaba siempre el pensamiento de escribir la historia de su reinado, y discutía los puntos oscuros de su vida con bastante franqueza, echándose en cara frecuentemente su irreparable negativa de la paz de Praga. Era la única falta que confesaba sin dificultad. «Yo tuve la culpa, decía, pero que se ponga cualquiera en mi lugar. Había ganado muchas victorias, y más recientemente las de Lutzen y de Bautzen, en donde había recuperado mi poder en solo dos jornadas. Contaba con mis soldados y conmigo mismo, y quise jugar los dados por la última vez. He perdido, pero los que me acusan no han bebido jamás en la embriagadora copa de la fortuna...» Drouot le escuchaba con la cabeza baja, sin atreverse á decirle que no había sido prudente al jugar de aquel modo su existencia, pero que había sido culpable al jugar la vida de sus hijos, y criminal al jugar la de su nación. El honrado general se callaba, no perdonándose este silencio más que porque su jefe se hallaba vencido y proscrito.

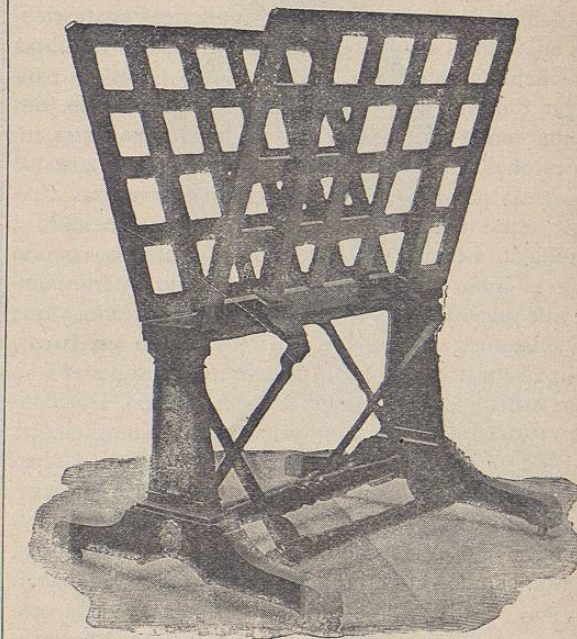
En aquella vida apacible, soñando en levantar un monumento histórico inmortal, Napoleón era casi dichoso, porque á la calma unía un resto de esperanza. Leía los periódicos con cuidado, y con una penetración que le permitía adivinar la verdad en medio de las mil aseveraciones de los periodistas, como si asistiera á las conferencias íntimas de las redacciones. Según su opinión, la revolución francesa, detenida un momento en su marcha, la comenzaba de nuevo, impulsada por una

fuerza irresistible. El antiguo régimen y la revolución iban á renovar sus terribles combates, y en medio de estos trastornos, debía encontrar una ocasión para reaparecer en la escena política. No sabía ciertamente si volvería á reinar; pero en todo caso estaba seguro de que no podría reinar como había reinado hasta allí, porque los ánimos, paralizados un instante por miedo á la revolución, habían recuperado su animación y su independencia. ¿Qué sería de él, en qué se convertiría, cuál era el papel que aún le estaba reservado? No lo sabía; pero al ver la torpeza de los Borbones en París, la ambición de las potencias en Viena, comprendía que el mundo estaba lejos de tranquilizarse; y en el mundo agitado, el puesto que ocupase debía ser siempre grande como él lo era. A esto se reducían sus vagas previsiones, y bastaban para que no le ahogase su inmensa actividad encerrada entonces en su alma. Gozaba, pues, de un reposo iluminado por un rayo de esperanza. Sin embargo, algunas veces el lenguaje ultrajante de los periódicos concluía por agitarle. Un día que recibió numerosos periódicos, leyó uno que decía que se había vuelto loco, que sus más fieles servidores Bertrand y Drouot, que sus parientes más adictos, su madre, su hermana, no habían podido soportar la violencia de su carácter y le habían abandonado. Acto continuo se dirigió al salón donde se hallaban reunidos su madre, su hermana, Bertrand y Drouot, y arrojando los periódicos sobre una mesa: «¿No sabéis, les dijo, no sabéis que me he vuelto loco...? Ninguno de vosotros ha podido soportar los arrebatos de mi carácter, y vos, madre mía, y vos, Drouot, todos me habéis dejado...» Después les hizo leer los periódicos, repitiendo: «¡Estoy loco! ¡Estoy loco!...» Se serenó y se vengó discutiendo los asuntos de la época, clasificando las faltas de los unos y los otros con una sagacidad maravillosa. Los Borbones, la Europa, exclamó, no podrán sostener ni seis meses la situación actual.»

Como hemos visto, pasaba en la isla de Elba una vida tolerable, viendo todos los días más claramente que la marcha del mundo iba á volver á serle propicia. Pensando de este modo, se hallaba ávido de noticias, y deseaba tener algunas más que las que le llevaban á su destierro los periódicos. Había enviado algunos agentes al continente italiano, y éstos le habían manifestado que la Italia entera se levantaría á su aparición; pero esta perspectiva no le sedujo, porque no era con los italianos con los que se lisonjaba de poder hacer frente á la Europa.

De Francia era de donde hubiera deseado tener los mismos antecedentes, pero no se atrevía á escribir á los hombres considerables que le habían servido por temor de comprometerlos; y éstos por miedo de comprometerle á su vez, habían obrado con la misma reserva. Más al corriente había estado de cuanto sucedía en Viena, no por su esposa, sino por Mr. Meneval, cuya fidelidad y celo no se habían acabado, y que le enviaba por conducto del comercio de Génova noticias frecuentes de su hijo y del congreso. Mr. Meneval recibía estas noticias de madama de Brignole, noble genovesa, de gran talento y con extremo adicta á la Francia, que había tratado en vano de hacer oír la voz del deber á María Luisa, de la que era dama de honor. Madama de Brignole estaba informada por los princi-

pales personajes de Viena, y especialmente por el duque de Dalberg, su yerno, ministro de Luis XVIII. Siguiendo con extremada solicitud el curso de los acontecimientos, supo el proyecto de deportar á Napoleón á una isla del Océano Atlántico. Mr. Meneval no dejó de comunicársela, exagerándole la probabilidad de su ejecución, y decimos exagerándola, porque, como antes de ahora hemos manifestado, se disponían los plenipotenciarios á abandonar á Viena sin haber decidido nada respecto á este asunto. A la citada noticia, Mr. Meneval añadió otra, la de la próxima separación del congreso, y la partida de los soberanos el 20 de febrero lo más tarde. Estas diversas informaciones produjeron en Napoleón



Mueble donde Napoleón colocaba sus legajos en la isla de Elba (Colección del príncipe Rolando Bonaparte)

una impresión vivísima y provocaron en él profundas reflexiones respecto de su situación presente y futura. Por su parte se había dicho más de una vez que no podía morir en aquella isla; que para su gloria, valía más un fin trágico que no una cómoda vejez en su tranquila prisión de la isla de Elba. El visible fastidio de sus compañeros de fortuna le excitaba muchísimo á pensar de este modo. El gran mariscal Bertrand sufría con paciencia el destierro después de la llegada de su familia; Drouot conservaba su ordinaria actitud, la del cumplimiento de sus deberes; pero no estaban tan conformes los demás. Pasado el primer entusiasmo de su adhesión, oficiales y soldados se fastidiaban soberanamente de su ociosidad y no se lo ocultaban á Napoleón, á quien, con su familiaridad, le decían: «Señor, ¿cuando partimos para Francia?» Él les respondía con el silencio y una sonrisa amistosa, pero adivinaba lo que pasaba en el fondo de su corazón y preveía que su paciencia no duraría lo que su destierro. Procuraba ocupar á los soldados, haciéndoles trabajar en los caminos y en su jardín con un aumento de paga, y dejaba á los que nada querían hacer saquear las viñas de su posesión de San Martino, riendo de sus inocentes destrozos. «Venimos de Saint Cloud,» le decían cuando los encontraba en el camino, comiendo todavía las uvas

que le habían escamoteado. «Bien, bien,» les respondía, pero comprendía todo su fastidio, y sufría por esta causa más que ellos todavía. Una veintena de ellos, no pudiendo sufrir más, le habían pedido su licencia, y él se la concedió en términos sumamente honrosos. También es cierto que, en cambio habían llegado algunos oficiales del continente; pero éstos habían huído del fastidio de Francia sin conocer aún el de la isla de Elba. A estas disposiciones demasiado ostensibles de sus soldados, que le hacían temer no poder conservarlos mucho tiempo á su lado, se unía la reflexión sumamente sencilla de que no tardaría en verse en la imposibilidad de sostenerlos, porque no había llevado á Porto-Ferrajo más que tres millones y cuatrocientos mil francos, y no debían quedarle más que dos millones y cuatrocientos mil francos cuando estuviesen terminadas las obras que había emprendido, justamente lo necesario para pagar durante dos años su marina y su ejército. Sin contar con la indómita actividad de su alma, estas razones hubieran bastado para resolverle á lanzarse de nuevo por la senda de las grandes aventuras. Con todo, estas reflexiones no habían todavía incitado á Napoleón á tomar una determinación precisa, cuando supo el doble suceso que hemos indicado anteriormente: que querían deportarle á una isla del Océano, y que los soberanos, después de haber concluido sus tareas, iban á separarse. No fué necesario más para poner á su alma ardiente en un estado de fermentación. Dos consideraciones poderosas le asaltaron instantáneamente.

Desde luego pensó que si los soberanos iban á separarse, la resolución que le concernía debía estar acordada, y una vez acordada, no la dejarían mucho tiempo sin ejecución. Al mismo tiempo, cruzó otra idea por su mente: el momento en que los soberanos abandonaban á Viena y cada cual se dirigía á su país, era una ocasión excelente para intentar una revolución en Francia; porque una vez separados, no les sería fácil volverse á reunir, y cualquier determinación que tomasen tenía que ser por medio de comunicaciones entre los gabinetes, ó lo que es lo mismo, lenta, incompleta y de escaso valor. Estas dos consideraciones eran de gran peso; pero como Napoleón pensaba siempre antes que en todo en los medios de ejecución con que contaba, halló en la estación misma un motivo para tomar una resolución inmediata. Se encontraban á mediados de febrero de 1815, y á las noches largas iban á suceder los días prolongados, y aquéllas eran las que necesitaba Napoleón para escaparse de la isla de Elba en la flotilla que debía conducir á sus soldados. Esta última razón le decidió casi, y de todos modos mandó el 16 de febrero que el bergantín el *Inconstante* entrase en la dársena para ser reparado, pintado como un navío inglés y provisto de víveres para algunos meses. El mismo día ordenó á su agente de las minas de Río que dispusiese dos grandes transportes con el pretexto de enviar mineral á tierra firme. A pesar de tomar estas medidas, no confió á nadie ninguno de sus proyectos.

Mientras que se decidía á escaparse de su prisión, recibió, después de haberse visto privado de comunicación durante dos ó tres semanas, muchos periódicos á la vez. Los devoró, encontró en ellos con una viva satisfacción nuevos indicios de la fermentación de los ánimos en Francia, porque contenían la reseña de la

causa seguida contra Exelmáns, la del trastorno ocasionado por los funerales de Mlle. Racourt, y probaban que los militares y el pueblo de París estaban preparados para una revolución. El *Journal des Debats* especialmente, muy bien informado de lo que sucedía en Viena por el duque de Dalberg, le confirmó la noticia de la próxima separación de los soberanos, y esta concordancia con las informaciones de Mr. Meneval completó su resolución de hacer los preparativos de marcha.

Por entonces, le anunciaron la llegada á Porto Ferrajo de un joven desconocido que, según decía, tenía una importante misión que desempeñar cerca de él. Este joven era Mr. Fleury de Chaboulón, de quien ya hemos hablado.

Apenas desembarcó en Porto Ferrajo, pidió ser conducido á casa del general Bertrand, presentándose como un enviado de Mr. de Basano. Napoleón lo recibió inmediatamente, le acogió al principio con cierta desconfianza, le observó de pies á cabeza, no tardó en ver que trataba con un joven lleno de buena fe y de entusiasmo, y cuando oyó de sus labios la revelación de una circunstancia secreta, que sólo él y Mr. de Basano sabían (este fué el medio imaginado por el duque para acreditar á Mr. Fleury de Chaboulón, le escuchó con la mayor atención. «¿Conque se acuerdan todavía de mí en Francia?», dijo con un acento de disgusto; ¿conque no me ha olvidado Mr. de Basano?» Explicándole Mr. Fleury de Chaboulón los motivos del completo silencio de los fieles servidores del imperio, no insistió Napoleón en su reconvencción y escuchó la relación del estado de las cosas, hecha con agitación, pero con sinceridad, por su interlocutor. Por más que Mr. Fleury de Chaboulón no le dijese nada nuevo, por más que con la simple lectura de los diarios lo hubiese adivinado todo, le agradó mucho oír la confirmación de sus sospechas de los labios de un testigo que le repetía las palabras de Mr. de Basano. Lo que conmovió y debía conmoverle particularmente fué la revelación positiva de los sentimientos del ejército y de la impaciencia que manifestaba por sacudir el yugo de los Borbones. Esta era una poderosa razón para creer que á la primera aparición de su antiguo general seguiría el impulso de sus sentimientos; y á un alma tan audaz como la de Napoleón, la presunción del triunfo bastaba para decidirle á arrostrar la empresa.

Así, pues, en cuanto oyó al enviado de Mr. de Basano, resolvió partir inmediatamente. Sin embargo, queriendo que se explicase más: «Concluid, le dijo. ¿Mr. de Basano me aconseja embarcarme y dirigirme á Francia?...» El joven, interrogado con aquella mirada penetrante á la que nadie podía resistir, no se atrevió á cargar ni hacer cargar á Mr. de Basano con una responsabilidad tan grande, y le respondió temblando que Mr. de Basano no le daba ningún consejo, habiéndole recomendado expresamente que se limitase á exponer los hechos tales como eran en sí. Napoleón no insistió, y comprendiendo que efectivamente no habrían querido cargar con una responsabilidad tan inmensa, despidió á Mr. de Chaboulón sin anunciarle sus proyectos, pero dejándose los adivinar. Temiendo que la emoción de este joven, iniciado por la primera vez de su vida en secretos de importancia, le hiciese cometer alguna indiscreción, le encargó una misión imaginaria para Nápoles, ordenándole que cuando la hubiese cumplido se dirigiese á Francia

y viese á Mr. de Basano, quien le transmitiría nuevas órdenes (1). Por este tiempo, debía Napoleón haber ya derrumbado el trono de los Borbones ó sucumbido en medio de un camino.

Sin perjuicio de guardar su secreto, Napoleón no pudo menos de confiárselo á su madre: «No me es posible, la dijo, morir en esta isla y terminar mi carrera en un reposo que sería indigno de mí. Por otra parte, faltándome dinero, no tardaría en verme solo, y expuesto desde entonces á las violencias de mis numerosos enemigos. La Francia está agitada. Los Borbones han sublevado en contra suya todas las convicciones y todos los intereses ligados á la revolución. El ejército me desea. Todo me hace esperar que al verme, correrá á ponerse á mis órdenes. Es verdad que puedo hallar en mi camino un obstáculo imprevisto; puedo encontrar un oficial adicto á los Borbones que contenga el impulso de las tropas, y entonces tendré que sucumbir en pocas horas; pero este fin vale más que una residencia prolongada en esta isla, con el porvenir que en ella me espera. Quiero, pues, partir, y probar otra vez fortuna. ¿Cuál es vuestro parecer, madre mía?» Aquella enérgica mujer experimentó un gran sobresalto al escuchar esta confianza, y retrocedió horrorizada, porque comprendió que su hijo, á pesar de su gloria, podía morir en las costas de la Francia como un malhechor cualquiera. «Consentidme, le dijo, que sea madre un momento, y en seguida os daré mi parecer.» Se reconcentró en sí misma, permaneció silenciosa algún tiempo, y después, con un acento firme é inspirado: «Partid, hijo mío, le dijo; partid y cumplid vuestro destino. Acaso fracasará vuestro deseo y vuestra muerte seguirá inmediatamente á una inútil tentativa; pero no podéis continuar aquí, lo veo con dolor, y además debemos esperar en que Dios que os ha protegido en medio de tantas batallas, os protegerá una vez más.» Dichas estas palabras, abrazó á su hijo con una profunda emoción (2).

(1) Mr. Fleury de Chaboulón en su obra relativa á los Cien Días, titulada: «Memorias de la vida privada de Napoleón en 1815,» obra sincera, que tuvo el honor de ser comentada por Napoleón en Santa Elena, ha dado más importancia de la que en sí tenía á su papel, cuyos pormenores ha referido bajo un nombre supuesto. En su relación, parece creer que él fué quien decidió á Napoleón á abandonar la isla de Elba. Pero, como todos los que no conocen más que un lado de las cosas, no ha reseñado más que todo lo que le era personal, todo lo que había visto. Las órdenes dictadas por Napoleón en la isla de Elba, sus conversaciones con la reina Hortensia y con el mariscal Davout á su regreso á París, conversaciones contenidas en las Memorias manuscritas que nos han sido comunicadas, las mismas notas añadidas por Napoleón á la obra citada, prueban claramente que las cosas pasaron de un modo algo distinto del que las cuenta Mr. Fleury de Chaboulón, y exactamente como nosotros las consignamos. Por otra parte, una circunstancia destruye por completo las dudas que pudieran suscitarse, tal es la fecha de las órdenes para la reparación, etc., del bergantín el *Inconstante*. Estas órdenes están fechadas el 16 de febrero en el registro de las correspondencias de la isla de Elba, que ha sido conservado; y aunque Mr. Fleury de Chaboulón, al referir su viaje bajo un nombre supuesto, no ha fijado la época precisa de su llegada á la isla de Elba, indicios ciertos prueban que no llegó antes de ser dictada la orden en cuestión. Este punto es muy importante y más tarde se verá por qué, puesto que prueba que no fué lo que se tramaba en París lo que motivó la empresa de Napoleón. Las comunicaciones de Mr. Fleury de Chaboulón acabaron de decidirle, pero no fueron de ningún modo la causa principal de su resolución. (N. del A.)

(2) Estas palabras son las mismas que Napoleón ha consignado en sus Memorias manuscritas. (N. del A.)



Letícia Ramolini

bató estas dudas dándole á conocer el estado de la Francia, dividida, maltratada por los partidos, condenada á próximas tentativas de unos ú otros, indignamente tratada por la Europa, y pudiendo, por el contrario, levantarse y engrandecerse ayudada por la mano que la había organizado en 1800. Por otra parte, las nuevas ideas con que Napoleón volvía á Francia después de diez meses de profundas reflexiones, y su resolución de no hundirse nuevamente en el abismo de la guerra mientras estuviera en su mano el evitarlo, de considerar al pueblo francés como un pueblo libre, haciéndole tomar gran parte en su gobierno, eran una razón más para creer que acaso lograría proporcionar á la Francia la tranquilidad, la unión, una libertad moderada, una situación estable, todas las ventajas de que hubiera gozado si durante su primer reinado hubiera Napoleón sabido contenerse. Consiguiendo la adhesión lo que las razones no acabaron de lograr, Drouot se sometió á la voluntad de su dueño, y prestó su cooperación á los preparativos secretos de la próxima expedición. Napoleón, con un